

Oírse con el cuerpo: nuevos derroteros de la poesía mexiquense

EDUARDO ALBARRÁN



Sergio Ernesto Ríos (antologador),
Últimos coros para la Tierra Prometida.
40 poetas jóvenes del Estado de México,
ISBN 978/607/495/376/3
Toluca, Fondo Editorial del Estado de
México, 2014, 288 pp.

Aunque en la actualidad existe un número apreciable de antologías de poesía mexiquense, se les reseña poco y se les critica menos. Según Miroslava Ramírez, ésta es “tal vez una de las causas por las cuales la poesía escrita y publicada en el Estado de México no ha conseguido el eco que cabría esperar para algunos poetas mexiquenses” (2012: 119-120). La lírica que se escribe en esta entidad habla del amor, un tema atípico en medio de una cotidianidad caótica, y del tiempo, ser bífido entre la angustia y la dicha del fluir de la vida. Se refiere también a la memoria y la muerte, puntos de partida donde todo adquiere forma de ruptura o unión de símbolos. A diferencia de la narrativa reciente, marcada por una violencia tanto explícita como implícita, en la poesía la brutalidad subyace entre líneas y el dolor no es sorprendente.

Últimos coros para la Tierra Prometida... es una antología de nuestro siglo a cargo del escritor toluqueño Sergio Ernesto Ríos. Reúne cuarenta voces de poetas jóvenes del Estado de México, entre los que se encuentran Selene Hernández León, Cecilia Juárez, Abraham Morales Moreno, Jorge Betanzos, Melissa Nungaray, Santiago Matías, Heber Quijano, Alonso Guzmán, Sergio Ernesto Ríos y Horacio Lozano Warpola.

Publicada en 2014, la obra contiene tres décadas de poesía de diferentes generaciones que trazan un panorama de diversos estilos, preocupaciones y temas. Si bien hay apego hacia las formas tradicionales, también pueden leerse textos experimentales que buscan encontrar nuevos caminos hacia el asombro poético. A lo largo del libro sobresale la inclinación de cada autor por encontrar su voz propia, plasmada en la estética de sus versos.

El poeta busca la innovación desde que inició la Modernidad, pero no hace mucho aún se conservaban inamovibles los moldes heredados del siglo pasado. Sin embargo, parece que ahora hay un mayor interés por encontrar vertientes preocupadas por los contenidos más que por la construcción sonora y la radicalización del lenguaje. La antología de Sergio Ernesto Ríos es un muestrario que exhibe una gran pluralidad.

Encontramos, por ejemplo, a poetas para quienes lo convencional no logra llenar sus expectativas, por ello se afianzan en lo breve y transmutable. Es el caso de los textos de Selene Hernández León. Sus líneas se caracterizan por la economía del lenguaje que da pie a una poética minimalista, pero rica en significados. En su propuesta podemos notar el predominio de los versos blancos y libres, además del empleo de elementos lumínicos como núcleos de sentido. Esta técnica confiere equilibrio al sentido del texto: brevedad que engloba y refuerza el contenido.

¿Cómo llamarte?

Liminar de luz

Hogar de umbrales
Eclipse y calco de sombras a favor de los incendios (21).¹

La poesía de Cecilia Juárez es un ejercicio de poesía narrativa. “La noche se llamaba Spandex” está construido como un diálogo íntimo y coloquial. Setenta y ocho versos componen la obra de esta toluqueña, ricos en símiles, metáforas y sinestesias. Spandex se convierte en elemento central, que sintetiza en sí mismo el destino de su protagonista. El texto está marcado por lo descarnado y lo visceral:

A mí, mi madre me dejó delante de las puertas
de un acuario. El conserje que me halló
puso a la venta mis agallas en el mercado (44).

Como Cecilia Juárez, Alonso Guzmán opta por un estilo narrativo que aborda los tópicos del vicio y la violencia. Con un lenguaje mesurado, el sujeto lírico parece retarse a sí mismo en el control de sus emociones. El uso de imágenes que implican darle nuevo sentido a una palabra —como el verso “aprendimos a Vallejo” (109)— convierte la poesía Guzmán en una balanza que no se inclina hacia ningún lado. El texto encuentra su estética en la preocupación por el acomodo visual, el listado de ideas expuestas como sentencias y el uso de la anáfora:

Aprendimos a odiar, hermano, fue nuestra primera escuela
aprendimos a tatuarnos
aprendimos a Vallejo
aprendimos a largarnos de casa
aprendimos a decir mamá puta (109).

No menos importante es Horacio Lozano Warpola, cuya poesía es rica en sus tópicos y mínima en su expresión. Sus líneas parecen recurrir a imágenes de lo cotidiano, pero en realidad apelan a distanciarse de un lenguaje prefabricado.

senos de princesa,
senos usados y pequeños,
de pezón invisible (150).

Por su parte, la poesía de Sergio Ernesto Ríos despliega una preocupación por encontrar nuevas formas de concebirse y presentarse ante el lector, su obra convoca a distanciarse de lo establecido e invita a la construcción de un nuevo discurso. En una primera lectura, sus textos son opacos, llenos de referentes inconexos y de ideas fragmentadas. Al igual que muchos de sus

1 Todas las citas que sólo se identifican por el número de página pertenecen al libro reseñado.

contemporáneos y coetáneos —como Vianney Maya, Saúl Ordoñez y Josué Gayosso, incluidos en esta misma antología—, Ríos comparte la preocupación por dejar de mirar el trasfondo del lenguaje para ver el propio lenguaje. En su poesía, la materia y el significado son una misma entidad, el texto toma sentido y las palabras se concretan en el momento preciso de la lectura. El poema se interesa por recrear un instante que trascienda en la memoria colectiva.

Un graznido en un guante de seda. Quiere cantar una canción iluminada por el sol, soltar las velas sobre los mástiles en el aire, soltar los tigres y leones en los patios. Se trata de la muerte del *dandysmo* a quemarropa, avispas con peluca y jirafas tripulantes en paracaídas (193).

La grandeza de una antología radica en exponer poéticas autónomas, característica que este volumen cumple a carta cabal. Ningún texto es desdeñable, sin importar la madurez de su autor, como en el caso de la joven Melissa Nungaray, nacida en 1998. Lo característico de la poesía publicada en este volumen, por tanto, es la búsqueda particular que cada escritor emprende: cualquier materia le es útil, cualquier forma estética es una posibilidad. El libro encargado por el Fondo Editorial del Estado de México a Sergio Ernesto Ríos demuestra que, más allá de las preocupaciones y la estética escogida por cada autor, la poesía está sumamente ligada a los contextos de creación.

REFERENCIAS

Ramírez Rico, Giovanna Miroslava (2012), “Fuentes de luz: ocho escritores mexiquenses”, *La Colmena*, núm. 75, pp. 119-122.

EDUARDO ALBARRÁN. Toluca, Estado de México, 1995. Poeta y estudiante de Comunicación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México. Ganador del Concurso Nacional de Creación Literaria 2014 que organiza la Cátedra Alfonso Reyes de dicha institución. Fue coordinador editorial de la revista electrónica *Metrópoli*, con sede en la Ciudad de México, durante el primer año y medio de la revista. Ha cursado diversos talleres de narrativa y poesía en su universidad. Poemas suyos aparecen en la antología *Se oyen voces en el pasillo. Antología Resortera. Autores jóvenes* (Resortera/UANL, 2014).